

Colonialismo hídrico en Oriente Medio

Traducción de Leandro Nagore

El reparto de los recursos hídricos en Oriente Medio ha ocasionado fuertes incidentes, e incluso guerras abiertas, y podría engendrar graves situaciones de conflicto en el futuro. En Oriente Medio se encuentran lo que J. Sironneau denomina las principales "zonas de conflicto hídrico".¹ Ya en 1979, el presidente egipcio Sadat afirmaba que "la única cuestión que podría llevar a Egipto de nuevo a la guerra, sería el agua".² La naturaleza "conflictiva" del agua es un hecho universal y,³ por tanto, no es exclusiva de la región de Oriente Medio y del norte de África. Sin embargo, en esta zona es un problema especialmente virulento en la medida en la que se adosa a problemas políticos particularmente complejos, y se desarrolla en una región donde se condensan identidades magulladas y oposiciones irremediables. Un ejemplo de ello es la desigual explotación de la cuenca del Jordán y de los acuíferos de Gaza y Cisjordania.⁴

El reparto de las aguas del río Jordán y sus afluentes ha sido, y sigue siendo, fuente de enorme tensión entre los Estados ribereños, sobre todo entre Israel y sus vecinos árabes. La cuestión del agua ha sido central en todos los proyectos sionistas desde la publicación por Theodor Herzl, en 1896, del libro fundador del sionismo político *El Estado de los judíos (Der Judenstaat)*. Desde principios de la década de los ochenta, decenas de libros y de artículos se han dedicado a la cuenca del río Jordán.⁵ Más allá de las modas, hay

Bichara Khader es director del Centro de Estudio e Investigación sobre el Mundo Árabe Contemporáneo de la Universidad Católica de Lovaina (Bélgica)

¹ J. Sironneau, "L'eau: ressource stratégique", *Géopolitique*, otoño 1993, N° 43, p. 49.

² Joyce Starr, "Water Wars", *Foreign Policy*, primavera 1991, N° 82, pp. 17-30.

³ Jean-François Donzier, presidente de la Oficina Internacional del Agua, estima que 1.800 litigios han sido registrados alrededor de las cuencas fluviales del planeta, y la ONU ha censado 300 potenciales zonas de conflicto.

⁴ Ver René Maury, "Idropolitica: un nuovo capitolo della geografia politica e economica", *Rivista geografica italiana*, 1992, N° 99, pp. 712-727.

⁵ Ver N. Beschoner, "L'eau et le processus de paix israélo-arabe", *Politique étrangère*, invierno 1992, pp. 848-849; Abdennour Benantar, "La question de l'eau dans les négociations arabo-israéliennes", *Revue d'Etudes palestiniennes*, primavera 1993, N° 47, pp. 81-99; Kali Al-Bach'i, *L'eau et la paix: point de vue israélien* (en árabe), Instituto de Estudios Palestinos, Beirut, 1991; Sobhi Kahkala, *La question de l'eau*

que ver en ello la extrema sensibilidad que existe en la región ante este factor determinante, tanto para la paz como para la guerra.

Los recursos hídricos de los países ribereños

Cuatro países junto con la Autoridad Nacional Palestina comparten la cuenca del río Jordán. El Líbano es el país mejor dotado en cuanto a recursos hídricos. Se estima que éstos alcanzan los 3.000 m³ por año, por persona, para un consumo total anual cercano a los 900 millones de m³. Por el país fluyen el río Litani, cuyo caudal en su desembocadura es de 950 millones de m³; el río Oronte (la parte que queda río arriba) con 370 millones de m³; el Hasbani, una de las fuentes del Jordán; el Assi, cuyo caudal es de 140 millones de m³ en la frontera israelí; y el Nahr el Kebir, cuyo caudal en la frontera con Siria alcanza los 95 millones de m³ al año.

Siria también está bien surtida (1.200 m³ por año, por persona). Los Altos del Golán,⁶ la parte de su territorio ocupada por Israel en 1967, son una de las fuentes del río Jordán. Además, el país cuenta sobre todo con los recursos provenientes de los ríos Éufrates, Oronte y de las fuentes del Antilíbano.

Jordania, por su parte, es un país en gran medida deficitario, con un consumo de 930 millones de m³ por año, lo que equivale a un consumo de 210 m³ por año por habitante. El agua proviene de las aguas de superficie de los ríos Jordán y Yarmouk (360 millones de m³), de las capas freáticas renovables (310 millones de m³) y 210 millones de m³ de capas freáticas fósiles no renovables. El tratado de paz entre Israel y Jordania garantiza a Jordania 50 millones de m³ respecto de las aguas subterráneas de la confluencia del Jordán y del Yarmouk, aunque este acuerdo es poco respetado.

Israel consume una cantidad de agua (alrededor de 2.200 millones de m³) mayor a la de sus recursos renovables (aproximadamente 1.700 millones de m³), es decir 1,7 km³. De ésta, un 80% proviene de recursos renovables y 20% de recursos de agua no convencio-

en Israël et ses implications sur le conflit israélo-arabe (en árabe), Instituto de Estudios Palestinos, Beirut, 1986; Bernadette Kuborne, *Les négociations multilatérales israélo-arabes: le cas de l'eau*, tesis de licenciatura (dir. B. Khader), Universidad Católica de Lovaina, 1996; Eugenia Ferragina, René Maury & Maria Luisa Tufano, *Alcune considerazioni sulla gestione delle risorse idriche nei paesi medio-orientali: il caso della Giordania*, ponencia presentada en el Coloquio sobre Jordania, Nápoles, del 13 al 14 de octubre de 1989; Julie Trottier, "L'eau, la Jordanie et l'entité palestinienne naissante", *Les Cahiers du Monde arabe*, CERMAC, Université de Louvain-la-Neuve, 1995, N° 122-123; M. R. Lowi, *Water and Power: The Politics of a Scarce Resource in the Jordan River Basin*, Cambridge University Press, 1993; N. Kliot, *Water Resources and Conflict in the Middle East*, Londres, Routledge, 1994; Masahiro Murakami, *Managing Water for Peace in the Middle East*, Tokio, UN University Press, 1995.

⁶ André Collet, "Le Golan, un enjeu majeur au cœur du Proche-Orient", *Défense Nationale*, 2000, N° 21.

nales. A nivel geopolítico, dos terceras partes de sus recursos proceden de fuera de las fronteras israelíes de 1948. El consumo por habitante en Israel es cercano a 350 m³ por año.

Los palestinos son, con diferencia, los más perjudicados. Su consumo de agua es uno de los menores en la región, mientras que sus recursos son utilizados en gran medida por los israelíes (que sobreexplotan los acuíferos montañosos) y por los colonos judíos instalados en sus territorios, que les disputan el acceso a las aguas subterráneas y de superficie. El consumo palestino no supera los 280 millones de m³, es decir 52 m³ por habitante por año.

Por tanto, la situación en la región se caracteriza por la existencia de dos países excedentarios con respecto al agua (el Líbano y Siria), y otros tres ampliamente deficitarios (Jordania, Israel, y los Territorios Palestinos). No obstante, Israel logra cubrir sus necesidades mediante la explotación de los recursos que se encuentran en los Territorios Ocupados. Se prevé que para el año 2025, la situación de estos tres últimos países será prácticamente insostenible. La población de Israel, de Jordania y de los Territorios Ocupados, que hoy en día alcanza 15 millones de habitantes, aumentará hasta 25 millones entorno al año 2025. La demanda de agua podría superar los 5 km³ (5.000 millones de m³) y sin duda alcanzará los 7 km³ en 2040. Ante esta situación, tan sólo el Líbano puede esperar enfrentarse exitosamente al crecimiento de sus necesidades, sin por ello tener que recurrir a métodos no convencionales de movilización de nuevos recursos hídricos. Para los demás, lo más duro está aún por llegar.

La rarificación de los recursos hídricos ya ha provocado numerosos conflictos en el pasado, como el provocado por la destrucción por parte de Israel de una presa sirio-jordana (Khaled Ibn al Walid) que estos dos países estaban construyendo en el río Yarmouk en 1967,⁷ la guerra de los Seis Días en junio de 1967 con la ocupación del Golán y de Cisjordania, y la ocupación del sur del Líbano en 1982. Además, no hay duda de que ante la ausencia de una paz equitativa, duradera y global, que permita una gestión concertada de la cuenca del río Jordán, no se puede excluir que surjan otros conflictos.

El consumo de agua por habitante en Israel es cercano a 350 m³ por año. El palestino no supera los 52 m³

⁷ Un acuerdo sirio-jordano, firmado en 1987, prevé la construcción de una presa de la Unidad (Al-Wahda) sobre el río Yarmouk.

El reparto de los recursos hídricos en la cuenca del río Jordán

El río Jordán nace en el Monte Hermón (Djabal Al Cheikh) y lo alimentan tres ríos: el Hasbani, el Dan y el Banyas. Su caudal anual tras la confluencia de estos tres ríos es de 500 millones de m³ (es decir, la mitad del caudal del río Litani en su desembocadura mediterránea). El Alto Jordán recorre un trayecto de 17 km antes de incorporarse al lago de Tiberíades, a 210 metros por encima del nivel del mar. Entre el lago de Tiberíades y el mar Muerto, en el que termina tras cerca de 320 km de meandros, el río Jordán recibe su principal afluente: el río Yarmouk, un río compartido por Jordania y Siria. A lo largo de este trayecto se realizan importantes extracciones, entre las que destacan las realizadas por las colonias israelíes, de forma que al desembocar en el mar Muerto, el Jordán parezca más un riachuelo que un río.

Tras su creación, el Estado de Israel se comportó como si la cuenca del río Jordán fuese prácticamente una “cuestión nacional”. En 1953, las autoridades israelíes iniciaron la construcción de un canal (National Water Carrier) que desvía 1,2 km³ por año del lago Tiberíades hacia el desierto del Negev. Esto despertó la cólera en los países árabes, de tal forma que el presidente Eisenhower se vio obligado a enviar a la región a Eric Johnston para tranquilizar los ánimos y rebajar la crisis. Su plan, que data de 1955, reparte las aguas del Jordán según las siguientes cuotas: 56% a Jordania, 31% a Israel, 10% a Siria y 3% al Líbano.

Si bien el plan Johnston fue aceptado por el comité técnico árabe, fue rechazado por el Consejo de la Liga Árabe que consideró que este plan daba a Israel la mejor parte. En 1963, Israel reinició sus grandes obras para captar las aguas del Jordán. Como medida de represalia, los Estados árabes decidieron, en la Cumbre del Cairo de enero de 1964, desviar las aguas de los dos ríos (el Hasbani y el Banyas) hacia el Yarmouk.⁸ La ejecución del proyecto se inició en 1965, lo cual desencadenó ataques militares israelíes en 1965 y 1966. En junio de 1967, Israel ocupó todas las riberas sirias del lago de Tiberiades y los Altos del Golán. Así, la guerra de 1967 debe ser percibida como una guerra en busca de nuevos territorios, pero también como una guerra para el control del agua.⁹ Desde 1967, Israel controla no sólo las fuentes del Banyas, afluente sirio del Jordán, sino también el triángulo del Yarmouk, además de los acuíferos montañosos cisjordanos y sus áreas de recarga acuífera.

En 1982, Israel ocupó el sur del Líbano, lo que le aseguraba el control de otros afluentes del Jordán (el Wazzani y el Hasbani), además del curso superior del río Litani. Israel se

⁸ En la Cumbre del Cairo, la Liga de Estados Árabes incorporaron a la Organización para la Liberación de Palestina (OLP).

⁹ Ariel Sharon lo confirma sin rodeos: “En realidad, la Guerra de los Seis Días (1967) se inició dos años y medio antes, cuando Israel decidió rechazar la desviación del curso del Jordán”, en John Bullock & Adel Darwish, *Water wars: coming conflicts in the Middle East*, Gollancz, Londres, 1993, p. 50.

retiró del sur del Líbano ante la presión de la resistencia libanesa, el 15 de mayo de 2000, manteniendo la ocupación de las “granjas de Cheba” (25 km²) sobre los flancos del monte Hermón. Además, Israel sigue ocupando, a pesar de las numerosas resoluciones de Naciones Unidas al respecto, los Altos del Golán que le abastecen con cerca de 770 millones de m³ por año, que supone una tercera parte de su consumo anual. No hay que perder de vista que el Golán alimenta el lago de Tiberíades, que a su vez es la principal reserva de agua de Israel.

Todo esto demuestra el envite político que supone el control del agua y aporta cierta claridad para empezar a comprender las dificultades subyacentes en la búsqueda de una solución para desenredar la madeja israelo-árabe, y especialmente la israelo-palestina. Según las cifras presentadas por Georges Mutin,¹⁰ el total de los recursos explotados por Israel es estimado en unos 1.765 millones de m³, y están distribuidos de la siguiente manera: recursos renovables (1.400 millones de m³, un 79% del total, de los cuales una parte significativa proviene de los Altos del Golán sirios); recursos no convencionales (220 millones de m³ de aguas recicladas, el 21%); 145 millones de m³ provenientes de aguas salobres para uso industrial.

Sin embargo, el consumo israelí supera este volumen disponible, situándose en unos 2.150 millones de m³ en 2005. Esto empuja al país a suplir su déficit mediante la sobreexplotación de las capas freáticas costeras (sobre todo en Gaza) y los acuíferos montañosos de Cisjordania. Según Georges Mutin, “este uso de las aguas de Gaza y Cisjordania no se puede lograr si no es bajo un control estricto y desigual del consumo palestino”,¹¹ que se traduce en la limitación de los cultivos irrigados, la interdicción de perforar pozos y los precios prohibitivos del agua. De modo que el consumo de Gaza y Cisjordania no supera los 280 millones de m³ al año, es decir 52 m³ por año y por habitante comparado con los 350 m³ por habitante en Israel. El consumo en los territorios palestinos representa una octava parte del consumo en Israel, cuando la relación demográfica es tan sólo de 1 a 2.¹²

Este trato discriminatorio está patente en la gestión del acuífero occidental y del costero. El acuífero occidental, que es parte del de la cuenca del Jordán, es la principal fuente de agua renovable de los Territorios Ocupados. Sin embargo, casi tres cuartas partes del acuífero son retroalimentados por Cisjordania y fluyen hacia el lado israelí. De este modo, “la mayor parte de esta agua no es utilizada por los palestinos”, según reconoce el informe del PNUD de 2006.¹³ Cabe preguntarse, como lo hacen los autores del informe del PNUD, el

¹⁰ Georges Mutin, *Géopolitique du Monde Arabe*, Ellipses, París, 2001, p. 74.

¹¹ *Ibidem*, p. 81.

¹² Esta situación se recoge en el informe del PNUD, *Informe Mundial sobre el Desarrollo Humano 2006: más allá de la penuria: poder, pobreza y crisis mundial del agua*, Nueva York, 2006, p. 216.

¹³ *Ibidem*.

porqué de esta situación. Los representantes israelíes ante la Comisión Mixta del Agua regulan rigurosamente la cantidad y la profundidad de los pozos que explotan los palestinos, mientras que se aplican normas mucho más flexibles para los colonos israelíes. Tal como reconoce el informe del PNUD, “aunque sólo posean el 13% de los pozos de Cisjordania, los colonos son responsables del 53% de las extracciones de las aguas subterráneas”.¹⁴ Esta asimetría se puede comprobar también en el uso del agua para la agricultura. Los 400 asentamientos judíos instalados en los Territorios Ocupados desde 1967 consumen mayor cantidad de agua que todos los pueblos palestinos (100 millones de m³). En Gaza la situación rozaba lo absurdo, ya que los 6.000 colonos instalados en esta franja de tierra consumían más que los 1.300.000 palestinos que vivían en la región. Un colono israelí instalado en Gaza consumía en 2005, antes de la evacuación de las colonias, cerca de 1.000 m³ por año, un colono en Cisjordania consumía casi 630 m³, un israelí 350m³ y un palestino 52 m³; lo cual significa que un colono en Gaza consumía aproximadamente 20 veces más agua que un palestino. En términos globales, considerando todos los territorios ocupados de Palestina y de Siria, desde 1967, se estima que entre un 40% y un 45% del agua consumida por Israel proviene de estos territorios.

Los representantes israelíes ante la Comisión Mixta del Agua regulan rigurosamente la cantidad y la profundidad de los pozos que explotan los palestinos, mientras que se aplican normas mucho más flexibles para los colonos israelíes

El agua en las relaciones israelo-palestinas

Desde 1967, Gaza y Cisjordania han vivido bajo la ocupación israelí. Las negociaciones de paz han permitido que se establezca la Autoridad Nacional Palestina, la evacuación parcial (entre 1993 y 2000) de la región de Gaza y de Hebrón (aunque un 20% de la ciudad sigue estando bajo control israelí) y de las ciudades de Jericó, Jenin, Tulkarem, Nablús, Ramala y Belén. Hasta que estalló la segunda Intifada, el control palestino se ejercía sobre un archipiélago de núcleos urbanos desconectados, rodeados por numerosas colonias israelíes, mientras que Jerusalén ha sido sencillamente anexionada por Israel convirtiéndola en “su capital eterna”. En estas condiciones de desmembramiento del territorio palestino, fragmentado en múltiples “confetis” territoriales, desconectados por un rosario de colonias y de carreteras de circunvalación (*by-pass roads*), las perspectivas para un Estado palestino

¹⁴ *Ibidem.*

soberano y viable se van disipando. En muchos sentidos, el proceso de paz ha demostrado ser poco más que un espejismo de paz.

No hay duda de que el reparto de los recursos hídricos será en el futuro un problema tanto o más espinoso que el de Jerusalén, las colonias, los refugiados y las fronteras. Del mismo modo, la solución no surgirá naturalmente de una fuente, como lo demuestran los acuerdos ya firmados entre Israel y la Organización para la Liberación de Palestina (Acuerdos de Oslo, 1993), entre Israel y la Autoridad Nacional Palestina (Acuerdos del Cairo, 1994), entre Israel y Jordania (1994), y el desarrollo de las negociaciones multilaterales sobre el agua.

La Declaración de Principios

La cuestión del agua se trata en términos poco claros en la Declaración de Principios, del 13 de septiembre de 1993 firmado por las partes israelí y palestina, sobre los arreglos para un autogobierno interino, al igual que en el Anexo III. En el artículo 7 (párrafo 4) del acuerdo interino se indica que “el Consejo palestino establecerá, entre otras medidas (...) una Autoridad Palestina de Administración de Recursos Hídricos”. El Anexo III, que trata sobre la cooperación económica, dentro de la cual el agua es uno de los aspectos clave, señala “la cooperación en el campo de los recursos hídricos, incluyendo un Programa de Desarrollo de Recursos Hídricos preparado por expertos de ambas partes, que también especificará la administración de los recursos hídricos en Cisjordania y en la Franja de Gaza e incluirá propuestas para la realización de estudios y proyectos relativos a los derechos sobre el agua de cada una de las partes, así como la utilización equitativa de los recursos hídricos comunes para ser implementada durante y después del período interino”.

También se hace mención al agua en el Anexo IV, relativo a la cooperación israelo-palestina en materia de desarrollo regional. El artículo II del susodicho anexo cita algunos ejemplos de desarrollo regional: un canal que uniría el mar Mediterráneo con el mar Muerto, un proyecto regional de desalinización, un plan regional para el desarrollo agrícola y la prevención de la desertificación. En estos tres proyectos Israel tiene un claro interés, económico, tecnológico y comercial.

Los Acuerdos del Cairo

Los Acuerdos del Cairo (4 de mayo de 1994) constituyen la primera traducción concreta de la Declaración de Principios (1993) y son, por tanto, reflejo de la relación de fuerzas real que existe en estos acuerdos entre las partes israelí y palestina. Lo que salta a la vista en estos

acuerdos es la capacidad israelí para extraer un máximo de ventajas con un mínimo de contrapartidas o sacrificios. Esto se puede observar en casi todos los párrafos. Por ejemplo, cuando en el artículo V (párrafo I) se trata sobre la jurisdicción territorial de la Autoridad Palestina, se estipula al mismo tiempo que las colonias y las zonas militares escaparán al control de la Autoridad Palestina. Del mismo modo, en el artículo II del Anexo II se especifica que todo el sistema de suministro de agua para las colonias y las instalaciones militares, al igual que los recursos situados en el interior de estas zonas, escaparán también del control de la Autoridad Palestina, y seguirán siendo responsabilidad directa de la Mekorot Water Company (la compañía nacional de aguas de Israel). El párrafo 31a (sección B, artículo II, Anexo II) va aún más lejos y prácticamente ordena a la Autoridad Palestina a “gestionar el agua sin causar perjuicio a los recursos hídricos”. Es cierto que Israel se compromete a entregar a la Autoridad Palestina los datos hidrológicos de las colonias (párrafo 31c), pero inmediatamente después exige que la Autoridad Palestina autorice el suministro de agua para las colonias de Gush Katif y Kfar Darom por parte de Mekorot. El párrafo 31c compromete también a la Autoridad Palestina a pagar a Mekorot el precio íntegro del agua que ella le suministre.¹⁵

Al leer esta declaración, cabe preguntarse cómo los palestinos pudieron firmar un acuerdo con estas condiciones, ya que no solamente hay partes muy importantes del territorio palestino que se sustraen a su jurisdicción sino que, además, Israel les reclama que paguen por agua a menudo extraída de acuíferos situados en su propio subsuelo.

El tratado israelo-jordano del 26 de octubre de 1994

La cuestión del agua es abordada también en el artículo 5 (párrafos 2 y 3) del tratado de paz israelí-jordano y en el Anexo II relativo al reparto de las aguas del Jordán, del Yarmouk y del acuífero de Araba.

Respecto a las aguas del Yarmouk, Israel se compromete a limitar las extracciones de agua de este río, mientras que Jordania podría recibir una cierta cantidad de agua destinada a ser recogida en cuencas de almacenamiento río arriba de la desviación del Adassiya, es decir en territorio israelí. El acuerdo también contempla la construcción de varios diques, de una instalación desalinizadora sobre el lago de Tiberíades, y de un canal que una el mar Mediterráneo con el mar Muerto. En cuanto a los recursos del Wadi Araba, el artículo IV, del Anexo II, reconoce la soberanía jordana sobre los pozos y las instalaciones hídricas que fueron instaladas por Israel. Sin embargo, se autoriza que Israel mantenga el uso y pueda incluso aumentar sus niveles de extracción.

¹⁵ Ver Julie Trottier, *op. cit.*, pp. 19-20.

El territorio de Baqura, ocupado por Israel en 1949, está también señalado en el artículo 3, párrafo 8 del tratado. Este párrafo describe el régimen “especial” reservado para esta región, que vuelve a estar bajo la soberanía jordana, aunque “pertenece” a propietarios privados israelíes. De ello se constata cierta confusión jurídica que roza lo absurdo ya que los propietarios israelíes siguen estando bajo la jurisdicción israelí para todo lo que respecta a sus actividades extraterritoriales. Teniendo en cuenta que la aplastante mayoría de la población es israelí, tiene lugar una situación paradójica en la que, aunque la bandera jordana ondea en Baqura, ésta última sigue estando, de hecho, bajo el control de Israel. Los israelíes pueden vivir en el lugar sin autorización previa y explotar como les parezca todos los recursos hídricos situados en la zona.

Algunos autores se felicitaron prematuramente de la actitud cooperativa que caracterizó las negociaciones, y que “habrían puesto fin a las tensiones (...) entre Jordania e Israel”.¹⁶ Elaborado sobre la ambigüedad, este acuerdo da lugar a interpretaciones divergentes. Un autor jordano, Salameh al-Hiary, se muestra muy resentido: “Los israelíes usan 16 millones de m³ de las aguas subterráneas en la región de Wadi Araba y 25 millones del Yarmouk y nos suministran, como contrapartida, agua de mala calidad extraída de la parte sur del lago de Tiberíades. En resumidas cuentas, mientras nos siga siendo desfavorable la relación de fuerzas con respecto a Israel, no podremos estar en condiciones de defender adecuadamente nuestros derechos hídricos”.¹⁷

El agua como arma

Mucho antes de la creación del Estado de Israel en 1948, el movimiento sionista ya insistía sobre la importancia de la seguridad hídrica del futuro Estado judío. En 1920, Chaïm Weizman, presidente de la Organización Sionista Mundial sugería al primer ministro británico Lloyd George, dilatar las fronteras de Palestina para incorporar el valle del Litani en el Líbano, “a una distancia de 25 millas”, y añadía en esta carta: “si Palestina estuviera separada del Litani, del Alto Jordán y del Yarmouk, nunca podría llegar a ser independiente a nivel económico”.¹⁸

Todos los estudios serios lo afirman claramente: Israel se enfrenta a una grave carestía de agua que no hará más que empeorar en el futuro. Simon Peres lo afirmaba sin rodeos: “Para Israel es más necesaria el agua que la tierra”. Sin embargo, su agricultura consume

¹⁶ Pina Autiero, “La coopération dans la gestion du bassin du Jourdain: l'exemple d'Israël et de la Jordanie”, *Rive*, 1996, N° 1, p. 54.

¹⁷ Citado por Christian Chesnot, “Un enjeu du conflit israélo-arabe”, *Manières de voir: la ruée sur l'eau*, septiembre-octubre de 2002, p. 63.

¹⁸ En George Mutin, *op.cit.*, p. 8.

más del 70% del agua disponible. Esto no se explica por un mero deseo de rentabilidad, sino por la función ideológica del desarrollo agrícola en el movimiento sionista. La agricultura debía afincar sobre suelo palestino a los inmigrantes, a menudo de origen urbano; regenerar un lazo afectivo entre los judíos y su “tierra prometida”; ocupar el territorio para crear primero la Yishuv (las colonias judías en Palestina antes de 1948) y posteriormente el Estado de Israel; diseminar las colonias por todos los territorios palestinos ocupados en 1967; y hacer que todo el espacio dé frutos, incluyendo el Negev. El agua es lo que hacía que todo esto fuera posible: el desarrollo agrícola, la dispersión de la población, la “redención del suelo”. De este modo, el agua ha tenido, y tiene todavía, en la ideología y en la práctica sionistas, una función social e ideológica que no es secreto para nadie.

El agua
tiene en la
práctica
sionista
una
función
social e
ideológica

De ahí que no sea sorprendente que, inmediatamente después de la guerra de 1967, un decreto militar israelí (n° 92, 1967) estableció sin ambages que las aguas de los nuevos territorios conquistados eran “recursos estratégicos bajo control militar”. Es este control por parte de la potencia ocupante lo que ha permitido que Israel pueda sobreexplotar los recursos provenientes de la capa freática costera (60 millones de m³), al igual que los de los acuíferos montañosos de Cisjordania (600 millones de m³).

De este modo, en el interior de los territorios palestinos han proliferado las colonias, bombeando agua a voluntad e irrigando las tierras expropiadas. Las cifras son de lo más elocuente: ya en 1989, un 90% de las tierras ocupadas por los colonos israelíes en Gaza y Cisjordania eran irrigadas, comparado con una cifra de tan sólo 2,5% de las tierras que pertenecían a los palestinos.

Con estas cifras se llega a comprender con mayor facilidad la frustración y la cólera de los palestinos, que en Gaza se ven obligados a beber aguas “salobres” a lo largo de varios períodos del año, ya que se les ha prohibido por decreto militar (n° 92), desde hace ya más de 25 años, “establecer, montar, poseer, o hacer funcionar instalaciones hídricas salvo si se ha obtenido previamente un permiso del comandante de la región”. Se podría afirmar que estos permisos han sido concedidos a los palestinos con cuenta gotas. El Gobierno israelí legitima las restricciones impuestas a los palestinos alegando que es necesario mejorar los sistemas de irrigación existentes y no perforar nuevos pozos. No obstante, esto no ha evitado que la empresa israelí Mekorot se dedique no sólo a autorizar a los colonos judíos a perforar numerosos nuevos pozos, sino también a dejarles hacerlo hasta los 400 e incluso 500 metros de profundidad.

Esta situación de tipo colonial se refleja no solamente en las flagrantes desigualdades que existen en cuanto al consumo total del agua en Israel y en los territorios palestinos, sino también en las extracciones abusivas que realiza Israel de las aguas subterráneas de Gaza y Cisjordania, al igual que de la cuenca del río Jordán. Además, la perforación de nuevos pozos, más profundos, por parte de los israelíes, ha provocado, en algunos casos, que se reduzca el nivel de los acuíferos y que desaparezcan fuentes antiguas y pozos poco profundos utilizados habitualmente para el uso doméstico. A esta disminución cuantitativa hay que añadir la degradación cualitativa producida por la filtración de aguas marinas y, por tanto, por un incremento en el grado de salinidad, que en algunas regiones como en Gaza puede alcanzar los 500 mg/l, cuando la tasa máxima establecida por la Organización Mundial de la Salud (OMS) es de 250 mg/l.¹⁹

La construcción del “muro de la vergüenza”, que Israel denomina más pudorosamente “barrera de seguridad”, ha agravado aún más la situación hídrica de los territorios palestinos ya que numerosos pueblos palestinos se han visto desprovistos no sólo de sus tierras, sino también de sus fuentes y de sus pozos. Esta situación, en la que destaca no sólo el despilfarro, sino sobre todo la injusticia, será cada vez más insostenible. A pesar de que se haya llegado a algunos acuerdos, las tensiones respecto el control del agua seguirán crispando las relaciones entre Israel y sus vecinos.

La ecuación “agua-demografía” en toda la cuenca del Mediterráneo pero, sobre todo, en Oriente Medio, se planteará de forma cada vez más acuciante a lo largo de la próxima década. Además, es difícil predecir cómo se lograrán evitar las “guerras por el agua”, salvo con un nuevo orden hídrico que tenga en cuenta las necesidades legítimas de cada protagonista de este sistema regional. En todo caso, este orden hídrico deberá fundarse sobre los principios de la unidad de gestión (integración de las aguas subterráneas transfronterizas), de la “comunidad de intereses”, y del “reparto equitativo y razonable”. Pero todo esto presupone que se logre desmadejar la enmarañada situación israelo-árabe, y para lograr esto tendrá que correr aún “mucho agua bajo el puente”.

¹⁹ Ver el artículo de Jean-Paul Deléage, “Le Proche-Orient dans l'état, manière de voir”, *Le monde Diplomatique*, septiembre-octubre de 2002, N° 65, p. 59.